

SERMON

DE SAN PABLO.

*Signa Apostolatus mei facta sunt super vos
in signis, & prodigiis & virtutibus. 2.
Corinth. cap. 12. v. 12.*

Aunque Dios es el Soberano Señor del Universo, y su voluntad la única regla de todas las cosas, de suerte, que basta saber, que una orden es suya, para que estemos obligados á obedecerla; con todo, como es sumamente bueno y sabio, no hace cosa alguna extraordinaria, que no la acompañe con alguna maravilla, y confirme con algun prodigio. Así vemos que para persuadir al mundo que Jesu-Christo era su Hijo, autorizó su mision con estupendos milagros, dándole el poder de curar los enfermos, de librar á los endemoniados, y de resucitar los muertos: *Cæci vident, claudi ambulant, mortui resurgunt*. Por este motivo, pues, quiso que el Apostolado de San Pablo fuese acompañado de maravillas, y que los prodigios que obraba, fuesen otros tantos testimonios irrefragables en el ejercicio de su ministerio. Efectivamente, toda la naturaleza obedeció á este grande Apostol; hizo milagros en todos los elementos, y él mismo fue un tan extraño prodigio, que no se puede dudar haber sido elegido por Dios, para ser el Predicador de los Gentiles, y el Doctor del

del Universo. Mas para hablar dignamente de este milagro, permitid me dirija á la que es representada en la Escritura baxo el glorioso renombre de prodigio: *Signum magnum apparuit in Cælo*, y que la diga rendidamente con el Angel:

AVE MARIA.

Si es cierto que el hombre es un Dios mortal, y que mantiene en la tierra la autoridad de aquel, de quien tiene el honor de ser imagen, no nos debemos admirar, de que sea absoluto en el mundo, y de que todas las criaturas le obedezcan. Es á la verdad su Soberano, y tiene derecho de mandarlas; y por consiguiente no es extraño, que haga retroceder los rios, elevarse los valles, abatirse las montañas, y que mude ó trastorne el orden del Universo. Sin embargo, haga el hombre lo que quiera, obre los mayores portentos, con todo eso, nada hará que sea igual á sí mismo; siempre será el mismo hombre superior á todos los milagros que execute, dice San Agustín: *Omni miraculo quod fit per hominem, majus miraculum est homo* (a). Y efectivamente, su produccion es uno de los mayores prodigios de la naturaleza; y siempre que consideramos, que es formado de una porcion de sangre en el seno de su madre; y que una misma materia se esponja en carne, se fortalece en nervios, se endurece en huesos, y se multiplica en tanta diversidad de partes como se hallan en su cuerpo, no hay quien dexé de admirar este prodigio; y por consiguiente, que no confiese, que el hombre

(a) Aug. lib. 10. de Civit. Dei, cap. 12.

es el mayor milagro del mundo. Si pasamos desde el cuerpo á considerar el alma, nos hallamos con aquella actividad de su entendimiento, que razona sobre todas las cosas; con aquella extension de su memoria, que con el mayor cuidado conserva las especies que se le han confiado; y con aquella libertad de su alvedrío, que no pudiendo ser violentado de nadie, exerce un imperio absoluto sobre todos sus inferiores; y nos vemos precisados á confesar, que si el hombre es la principal de las obras de la sabiduría de Dios, es tambien el milagro mayor de su infinito poder.

Pues ahora, digamos, Señores, del Apostol de las Gentes, entre todos los demás, lo que acabamos de decir del Soberano del Universo; y confesemos, que sin embargo de lo mucho que hizo para el establecimiento de la Iglesia, el mayor y mas ilustre de todos sus milagros fue el mismo Apostol. Y asi bien sé, que las enfermedades huían de su presencia, que los demonios temian á sus palabras, que los muertos obedecian sus preceptos; y que teniendo en sus manos este Predicador toda la autoridad de su Maestro, no hallaba cosa que le hiciese oposicion. Pero es preciso confesar, que todos estos prodigios no igualaban al mismo que los hacia, y por consiguiente, que el mas singular y grande de todos estos portentos era el Apostol mismo. Y á la verdad, Señores míos, ¿qué cosa mas portentosa, que el que establezca lleo de zelo la Iglesia el mismo que intentaba arruinarla? ¿que el que perseguia á los Fieles, sea su mas caritativo Maestro? ¿que el que hacia guerra á Jesu-Christo, se coloque á la frente de sus tropas, ataque á sus enemigos, confunda á los Judios, y triunfe de los Gentiles? y finalmente, ¿que el que

der-

derramaba la sangre de los Martyres, derrame la suya propia; ha ciendose Martyr del Hijo de Dios? Ved aqui, Señores, lo que me obliga á creer, que para formar su Panegyrico es necesario decir, que todo fue maravilloso en su persona. Que su vocacion á la Iglesia, su instruccion en el Cielo, su Predicacion en el mundo, y sus trabajos y su muerte en Roma, son quatro prodigios, que ni se pueden bien comprender, ni bastantemente admirar; los quales forman toda la materia de este Discurso.

PUNTO PRIMERO.

Sé muy bien, Señores míos, que estando necesariamente conexas la vocacion con la predestinacion, participa precisamente de su grandeza y de su obscuridad. Sé, que es tan difícil explicar la vocacion de un hombre á la gracia, como su predestinacion á la gloria; y que asi en una como en otra es necesario adorar humildemente la misericordia de Dios, que manifiesta su Soberanía en estos dos Misterios superiores á la inteligencia de todas las criaturas. Sé finalmente, que el llamar á un hombre desde la infidelidad á la fé, ó del pecado á la gracia, es lo mismo que sacarle de la nada ó de la muerte; y por un nuevo milagro criarle y resucitarle á un tiempo mismo. Pero como el pecado es mas rebelde que la nada y que la muerte, confieso, que la vocacion es aun mas portentosa que la resurreccion y creacion. Y á la verdad, en la creacion no hay cosa que haga á Dios resistencia: su Magstad produce el sér, que es contrario diametralmente á la nada; da á ésta lo que no tenia; y permaneciendo siempre nada en comparacion de su hacedor, contribuye por su obedi-

dien-

diencia á la producción de todas las demás cosas. En la resurrección tampoco tiene con Dios disputas: la muerte; obedece sus ordenes, por mas que sea hija de su enemigo, y vá á buscar en el polvo, y en el sepulcro el cadaver que la pide su Soberano. Pero el pecado, mas ciego y atrevido que la muerte, y que la nada, hace frente á Dios; y atrincherado en el corazón del hombre, como en un fuerte, le disputa la autoridad en su Imperio.

De aqui proviene, que le es á Dios (permitáseme decirlo así) mas difícil, ó mas costoso convertir á un pecador, que éria un mundo, ó resucitar á un muerto: porque además de que halla mas resistencia, es necesaria (segun nuestro modo de entender) mayor sabiduría y gobierno. La razón es, porque Dios saca al hombre de la nada, sin contar con su voluntad; y como no halla, ni puede hallar oposicion en una criatura antes que tenga sér, no teme su Magestad el perjudicar su libertad; y por consiguiente obra en ella con menos respetos. Lo mismo sucede quando saca á un hombre del seno de la muerte; en qualquier lugar que esté su alma, la une al cuerpo, sin esperar para esto su consentimiento. Mas quando convierte á un pecador, por mas oposicion que en él encuentre, ó aunque en él halle mas resistencia que en los ya referidos, no puede su Magestad (obrando segun las leyes ordinarias) emplear tanto poder como en aquellos: porque trata aqui con una persona libre, y es necesario que del tal modo dirija y modere su autoridad y poder, que sin dexar de conseguir lo que desea, no perjudique en modo alguno la voluntad del culpable. Por manera, que esta conversion la ha de obrar su Magestad, sin que por eso dexede ser tambien efecto del mismo pecador. Y ved aqui,

aqui, Señores, de donde tambien se infiere, que este mismo prodigio es mucho mayor en la conversión de aquel que hace mayor resistencia, ó en quien el pecado está mas fuertemente establecido: porque entonces es preciso que Dios emplee un auxilio ó una gracia mas fuerte por una parte, y mas suave por otra; para que desviándole con esta dulzura del encanto terreno que le aprisionaba, gane su corazón sin violencia, y triunfe de su libertad sin obligarla.

Por aqui podreis juzgar, ¡qué esfuerzos de la sabiduría y poder infinito no serían necesarios, para domar á un enemigo como Saulo, á quien el pecado poseia ya por tantos años; y que él mismo conservaba en su alma baxo el pretexto de Religion! Porque si es cierto que la guerra nunca es mas obstinada, que quando se interesa en ella la Religion, podeis ciertamente inferir, que ni hubo persecucion mas cruel, ni resistencia mas terrible á la gracia que la de Saulo; porque quando perseguia la Iglesia de Jesu-Christo, juzgaba defender la gloria de Dios. Sin embargo, (¡ó maravilloso poder del Salvador del mundo!) una sola palabra hiera á este enemigo, y le derriba; otra sola palabra le levanta, y convierte; otra tercera palabra le llena de gracia, y le dispone para la predicacion; y otra quarta palabra le liberta de las miserias del siglo, y le corona de gloria en los Cielos: *De Cælo vocavi*, dice el Hijo de Dios por la boca de San Agustin; *Una voce percussi & dejaci, alta erexi & elegi, tertia implevi & misi, quarta liberavi & coronavi.* No es, pues, evidente, Señores, que estas quatro palabras forman completamente el Pánegyrico de San Pablo y el de Jesu-Christo, y que uno y otro quedan suficientemente aplaudidos, con hacerós ver el poder del pri-

mero, y la obediencia del segundo? Pues mirad; si la dificultad hace su conversión milagrosa, otras dos circunstancias encarecen mas este portentoso. La una es, que Jesu-Christo la emprende desde la altura de los Cielos; que no solamente emplea para este fin su gracia, sino tambien su persona; y que dexa el Trono de su Padre, por descender á combatir á este enemigo. Y en efecto, despues que el Hijo de Dios subió á los Cielos, no tiene comercio con los hombres, sino por medio de los Sacramentos. Su Magestad asiste con la Iglesia Militante; pero es baxo las especies de pan y de vino. Conversa con ella; pero es en un estado, en que exercitando su fé, consueta su caridad; en que dexandose poseer, no se dexa ver de su Esposa. Asimismo, quando quiere vengarse de sus enemigos, da el orden á sus Ministros; y descendiendo sus Angeles para executar su voluntad, no abandona el Señor su trono ni su reposo. Mas como si su Iglesia se hallára en peligro de perecer por la persecucion de Saulo, descendiendo en persona el mismo Señor; como si hubiese encontrado un enemigo digno de su ira y de su poder; baxa resplandeciente en relampagos, y armado de rayos, para contener el furor de este insolente. Sí: El Señor se dexó ver con toda la Magestad de su Padre, y se valió de expresiones mucho mas terribles que las que empleará en el fin del mundo. No parece sino que este enemigo le ha hecho mas ultrages que todos los pecadores, á quienes tan severamente condenará en aquel ultimo dia: porque á estos solamente acusará de haberle desconocido en la persona de los pobres, no socorriendo sus necesidades; pero á éste le acusa de haberle perseguido en su propia persona, de haber atentado contra su

vida, y de haberle querido crucificar otra vez sobre la Cruz: *Saule, Saule, quid me persequeris?*

Mas para no exagerar el crimen de Saulo, contentemonos con decir con el Grande Gregorio, que el Hijo de Dios le hizo unos cargos semejantes á los que algun dia hará á los réprobos: porque quando aparezca sobre el arco del Cielo, rodeado de sus Angeles y de sus Santos, dirá á estos impios: Ved aqui al que habeis desconocido; ved aqui al Hijo del hombre, á quien habeis menospreciado; ved aqui el pecho que abristeis con el yerro de una lanza, y la cabeza que coronasteis con espinas; ved aqui el Cordero que se habia cargado con vuestros pecados, y á quien vuestra ingratitud ha obligado á convertirse en Leon. Reconoced en sus grandezas al que no conocisteis en sus abatimientos. Recibid por vuestro Juez al que no quisisteis aceptar por vuestro Abogado; y temed al Hijo del Padre Eterno, ya que no habeis querido amar al Hijo de Maria. Pues ahora su Magestad usa con Saulo el mismo estilo, quando se le aparece ó manifiesta desde la altura de los Cielos, y le dice: *Ego sum Jesus, quem tu persequeris*: porque fue lo mismo que decirle: Aprende desde lo alto del Cielo lo que no has querido reconocer sobre la tierra; adora en su gloria al que despreciaste en su humildad; *Hoc à me audi de superioribus, quod in me de inferioribus despicias* (a). Reverencia ahora en medio de los Angeles al que no has querido reverenciar entre los hombres; y aprende de la voz de los truenos las verdades que no has querido aprender de la boca de los oráculos: *Prosternens*

(a) Gregor. lib. 23. Moral. cap. 24.

igitur te nequaquam hoc tibi astruo, quod ante sæcula Deus sum; sed illud à me audis, quod de me credere dedignaris. No me lisongeo aqui de mis grandezas (le dice); sino que me glorío de aquellos abatimientos que tu desprecias; y por consiguiente, para castigar tu insolencia, y confundir tu orgullo, te hago saber, que yo soy aquel mismo Jesus crucificado á quien tu persigues. ¿No es, á la verdad, burlarse de su enemigo: el que así se trata? ¿no es domar completamente el orgullo de Saulo el obligarle á adorar al humilde Jesus Nazareno?

Pues mirad: Lo que ensalza mas todavia la vocacion de este Apostol, y hace ver quan importante fue esta victoria que sobre él consiguió el Hijo de Dios, es que en ella se encerraba ó comprehendia la de todos los Gentiles. Para comprehender esta verdad; es necesario saber, que Dios reduce todas las cosas á la unidad; y que para honrar esta perfeccion; que es el origen de todas las demás, se complace en establecer un Principe en cada orden, y de quien reciben su perfeccion y sus gracias todos los particulares que le componen. Adán, por exemplo, no solamente era Padre de los hombres, sino el origen de su dicha y de su desgracia. Abraham era el padre de todos los verdaderos creyentes, y en calidad de tal, mira á todos los fieles como á hijos suyos. Los Magos fueron las primicias de los Gentiles; y quando adoraron al Hijo de Dios en el pesebre, no lo hicieron por sí solos, sino por toda la gentilidad. Siguiendo, pues, Señores, este principio, quando Jesu-Christo puso por obra la conversion de Saulo, intentó sin duda alguna la de todo el Paganismo. Su Magestad atacó en aquel hombre á todos aquellos Pueblos que éste debia reducir; y convirtió á

to-

todas aquellas Naciones á quienes debia enseñar; y domando á este rebelde, triunfa de la capital del mundo, á quien algun dia Saulo habia de sujetar. Y así, no hay que admirarse, Señores, de que el Hijo de Dios apareciese con tan extremada pompa, y se explicase con tal fuerza y valentía, dando tantas muestras de su grandeza y de su poder; pues en un solo enemigo vence á todos los demás, y de este solo combate dependen todos sus triunfos y victorias. Y ved aqui, por que San Ambrosio dixo con mucha razon, que la conversion de San Pablo habia sido el establecimiento de toda la Iglesia; y que la conquista de este solo enemigo habia sido la ruina de la Sinagoga, y la conquista de toda la gentilidad: *Pauli vocatio Ecclesie firmitudo est* (a).

Pero no pongamos fin á este primer punto, sin decir á lo menos una palabra sobre la humilde situacion de este enemigo vencido. Fue, á la verdad, tan repentina y tan completa, que para explicarla bien, es necesario decir, que Saulo no era ya el mismo que antes; que mudando de sentimientos, mudó tambien de condicion; y que muriendo al pecado, resucitó dichosamente á la vida de la gracia: *Occisus est inimicus Christi*, dice admirablemente San Agustin, *ut vivat Discipulus Christi*. Perdió, pues, Saulo todo su furor y orgullo á los pies de Jesu-Christo victorioso; y por un sacrificio el mas completo que se vió jamás, sacrificó su alma y su cuerpo, quando dixo estas palabras que encierran en sí toda la christiana perfeccion: *Domine, quid me vis facere?* Yo me persuado, Señores, que respecto de

que

(a) Ambr. lib. de Isaac. cap. 4.

que San Pablo representaba á los Gentiles, habló, sin duda, por ellos quando habló de sí mismo; y como estaba destinado para ser algun día su Apostol, ofreció que serian perfectamente obedientes á la voluntad de Jesu-Christo. En cuya suposicion, aprobemos su vaticinio, ratifiquemos su promesa, y digamos humildemente como él: *Domine, quid me vis facere?*

PUNTO SEGUNDO.

Por este primer milagro podreis vosotros juzgar quales serian los que le sucedieron; y lo que recibiria en la instruccion que tuvo en el Cielo, aquel que tan grandes progresos habia hecho en el momento de su conversion. Sin embargo, tratemos de explicar este prodigio por aquellos medios que nos ofrecen la Escritura y los Padres. Mirad: el primer hombre fue criado no menos sabio que santo; porque la gracia misma que le comunicaba la santidad, le daba la ciencia; y la que encendia su voluntad con sus ardores, iluminaba su entendimiento con sus luces. Pero habiendo perdido la primera, perdió juntamente la segunda; y el pecado que esparció la malicia en su voluntad, introduxo en su entendimiento la ignorancia. Mas no fue esto lo peor; lo peor es, que desde aquel funestisimo momento, todos los hijos de Adán trahen al mundo esta desgracia, sin que puedan libertarse de esta enfermedad hereditaria, sino á costa de un inmenso trabajo; y aun es preciso confesar, que la ciencia que con sus desvelos adquieren, está mezclada de grandisimos errores y dudas; y que sobre la pena que les cuesta el adquirirla, mas les daña que aprovecha su posesion. Es verdad, que quando el Espiritu Santo se constituye Maestro del hombre,

bre, le dispensa gran parte ó todo el trabajo, y le hace sabio en un momento. La prueba ó exemplo de esta verdad la tenemos mejor que en otro alguno en el Apostol San Pablo, el qual instruido en la escuela de tan Divino Maestro, aprendió, ó adquirió en un instante una ciencia eminente, y por un camino extraordinario.

Y á la verdad, la ciencia que adquirimos sobre la tierra, no es digna de tal nombre. Es preciso que sea un ignorante ó un sobervio el que la dé un titulo tan glorioso. La ciencia debe incluir certidumbre y evidencia; pues en faltandola una de estas dos circunstancias, muda de naturaleza y de nombre. Si es cierta, pero no evidente, es semejante á la Fé. Si goza de evidencia, pero no de certeza, viene á ser experiencia puramente; y si la faltan una y otra, ya no es ciencia, sino opinion. Por este motivo juzgo yo, que este es el unico titulo, á que pueden arribar todos nuestros conocimientos; pues vemos, que los que tenemos por mas evidentes, son oscuros; y los que nos parecen mas ciertos, están llenos de dudas. Y así, no es la tierra ciertamente la mansion ó morada de la luz, ni de la ciencia. En ella vivimos envueltos en errores y sombras; siendo tan escasos nuestros conocimientos, que disputan los Filósofos sobre si es, ó no es la razon la ultima diferencia del hombre. Juzgad, pues, ahora de nuestra ignorancia comparada con la Sabiduría de Dios, supuesto de ser tan grande, aun respecto de nosotros mismos. La fé, que nos ilumina en medio de tantas tinieblas, nos da verdaderamente la certeza; pero no nos saca de la obscuridad; y por consiguiente, nos obliga á creer unas verdades, que ni podemos explicar, ni aun comprehender. Un Apostol la intitula antorcha que

que luce en un lugar obscuro: *Lucerna lucens in caliginoso loco*. Enseñandonos por esta definicion de la fé, que si es luz, es acompañada de tinieblas; que si nos persuade, tambien nos exercita; y que si nos convence por su certidumbre, nos sujeta al mismo tiempo, y nos cautiva por su obscuridad.

Mas la ciencia de San Pablo no tuvo defecto alguno de estos; porque gozaba mas de la luz de la gloria, que del conocimiento de la fé. Y como le fue infundida en el tercer Cielo, le elevaba, al parecer, á la condicion de los Bienaventurados, mas que á la de viadores. Tuvo en aquella escuela divina al Verbo Eterno por Maestro. Aprendió de él unas verdades, que eran ocultas aun á los Angeles; y bebiendo en este abismo de luces, llegó á ser tan sabio, que mereció ser el Doctor de toda la Iglesia. Y así, el mismo Apostol se gloria frecuentemente de haber sido arrebatado en el Cielo; de haber sido enseñado por el mismo hijo de Dios; y de haber aprendido secretos tan importantes, que aun el hablar de ellos no es permitido á los mortales: *Audivi arcana verba, quæ non licet homini loqui*. Se gloria, vuelvo á decir, con la mayor humildad, de que no ha sido enseñado por los hombres; sino que su enseñanza, no menos prodigiosa que su vocacion, le viene inmediatamente de Jesu-Christo, y no de sus Discipulos ò Apostoles: *Neque enim ego ab homine illud didici, sed per revelationem Jesu-Christi (a)*. En cuya suposicion, hablemos un poco de esta escuela, de este Maestro y de esta ciencia, en quanto lo permite la debilidad de nuestro entendimiento y la miseria de nuestra condicion. Mirad:

(a) Ad Galatas 1. v. 12.

El Verbo Encarnado fue sin duda el Maestro de San Pablo; pues con todo el vigor posible sostiene, ò afirma, que nada aprendió de los hombres; y que unicamente fue discipulo de Jesu-Christo glorioso: *Neque ab homine didici*. ¡Qué ventaja, Señores míos; la de haber sido enseñado por aquel mismo, que es por su atributo personal el interprete del Eterno Padre, y el Doctor de los Angeles! La instruccion, pues, correspondió á la excelencia del Maestro; y no fue en la tierra ni en el ayre donde fue este Apostol enseñado, sino en el mismo Cielo, que es la mansion de la luz; en el Paraíso, que es la estancia de la paz y de la vision, donde se manifiestan las verdades desnudas; donde se registran con evidencia los designios del Altísimo; y donde nuestros mysterios se descubren sin nubes y sin enigmas: *Raptum in Paradisum*. La ciencia que allí aprendió, fue tan sublime, que encerró en su sencillez todo quanto se hallaba, y halla difundido en el antiguo y en el nuevo Testamento. Allí vió explicados los grandes secretos de la predestinacion. Allí comprehendió el pecado de Adán con todas sus conseqüencias infernales. Allí vió el soberano designio del Eterno Padre de entregar á su Hijo en manos de los peccadores. Allí advirtió las ventajas de la gracia sobre la Ley; las estrechas alianzas de Jesu-Christo con su Iglesia, y con todos los miembros que la componen; la excelencia del Sacrificio con que nos redimió, y el de aquel con que nos alimenta; los excesos del Sacerdocio de Jesu-Christo sobre el de Aaron; y finalmente, allí aprendió todos aquellos Mysterios que predicó, y todos los que no nos ha declarado, porque no éramos capaces de entenderlos, á causa de su elevacion: *Arcana verba, quæ non licet homini loqui*.

¿No es preciso, pues, que confesemos, que esta instruccion milagrosa fue mucho mas brillante que la de los demás Apostoles? Sí por cierto; pues aunque es verdad, que estos tuvieron tambien à Dios por Maestro, siendo como fueron instruidos por el Espíritu Santo, con todo eso, parece que este Divino Preceptor se acomodó à la debilidad de aquellos Discipulos en su enseñanza; porque, como sabemos, descendió sobre la tierra; se transformó en lenguas de fuego; templó su virtud con el viento; y trató con los Apostoles baxo de apariencias ò figuras, al modo que en otro tiempo había tratado à los Profetas. Pero con San Pablo obró mas divinamente el Hijo de Dios; porque no descendió à la tierra, sino que le elevó al Cielo; no se ocultó baxo de figuras externas, sino que le mostró su persona; y segun algunos Padres de la Iglesia le descubrió su Esencia Divina. En fin, no templó ni su gloria ni su poder, para acomodarse à la debilidad de su Apostol; sino que le fortificó, è hizo capáz de sus altas comunicaciones; y así San Pablo descendió de aquella Divina Escuela penetrado de luz, abrasado de ardor, y tan lleno de Jesu-Christo, que con verdad pudo decir: *Vivo ego, jam non ego, sed vivit in me Christus.*

Pero la ultima diferencia que hubo entre su modo de aprender y el de los demás hombres, nos hará conocer mejor la pureza de su sabiduria. Es una verdad constante, que interin el alma está encerrada en el cuerpo, y depende de él para todas sus funciones. Sin el socorro de sus sentidos no puede percibir ni la verdad ni la virtud; y como aquellos están mas adheridos al mal que al bien, es muy difícil que ella pueda defenderse de la malicia y del error. Los ojos y los oídos, que son los sentidos mas precisos para

el conocimiento, están expuestos à la ilusion; y así, estos mensageros ignorantes è interesados no nos hacen mas que informes ò relaciones infieles. Y aun quando fueran mas veridicos, como son tan terrestres y carnales, siempre debilitarian, ò corromperian las mismas verdades que nos descubren. Y ultimamente, nunca pueden explicarnos bien lo que conciben mal; y así, aunque deseen servirnos con fidelidad, nos hacen mil faltas por defecto de poder, y nos empeñan en el error por una infeliz necesidad. Mas quando Dios enseña à los hombres, se dispensa de las leyes ordinarias. Esto es, les habla al corazon, y no à los oídos; introduce en sus almas la verdad, sin valerse para este fin de los sentidos; y haciendo impresion sobre la mas noble parte del hombre, derrama en ella su luz y su fuego. Y ved aqui el modo con que trató à San Pablo en el Paraíso. No obró, digo, en su alma por la mediacion de los sentidos del cuerpo; no formó imagenes, ni pronunció palabras para iluminar sus ojos, ò commover sus oídos; pues como dice el Apostol: *Sive extra corpus, sive in corpore nescio*; sino que obrando eon independencia del cuerpo, derramó la verdad enteramente pura en su alma, y le hizo en un momento el mas sabio de todos sus Discipulos.

Y esto mismo me obliga à reconocer en la ciencia de San Pablo una diferencia, que la hace maravillosamente superior à la nuestra; porque à nosotros nos cuesta el ser sabios mucho trabajo y mucho tiempo. Es la ciencia muy dilatada, y nuestra vida muy reducida: *Ars longa, vita brevis*: Despues de emplear muchos años y muchos desvelos en su servicio, hallamos que esta ingrata maestra no nos ha comunicado sino unos favores muy comunes; y lle-

gamos à conocer, à pesar nuestro, que la ignorancia es un mal tan difícil de curar como la concupiscencia. Mas el Apostol San Pablo llegó à ser sabio en un instante. Todo lo supo, y en poco tiempo. Comprehendió todos los Mystérios de la Religion, y sin trabajo: y hecho superior à las leyes del tiempo, entró en los privilegios de la eternidad, y aprendió todas las cosas sin sucesion, y sin fatiga. Por este motivo San Ambrosio, comparando à San Pablo con San Pedro, concede à éste la ventaja de la autoridad, y à aquel la de la sabiduría. Dá à San Pedro las llaves del poder y de la inmortalidad, y à San Pablo las de la ciencia y conocimiento: *Ambo igitur, dice, claves à Domino perceperunt; scientiæ istæ, potentiæ illæ: divitiis immortalitatis illæ dispensat, iste thesauros scientiæ largitur* (a). En virtud, pues, de todo lo referido, ¿no es preciso confesar, que la instruccion de San Pablo fue maravillosa, sin que haya en ella circunstancia alguna que no sea un portento? No, no esperéis que yo os convide à desealarla, ni pretenda animaros à pedirla; somos, à la verdad, hijos de un Padre, que se perdió por el deseo de saber; pues entre todos los artificios de que el demonio se valió para seducirle, el deseo de la ciencia fue el mas poderoso y mas funesto: *Eritis scientes bonum & malum*.

Pero yo os propondré una ciencia mas santa, una escuela mas humilde y mas segura, donde podáis imitar y seguir à San Pablo. Si; porque este grande Apostol, no solamente vió al Hijo de Dios en el seno adorable de su Padre; no solamente le estudió en

sus

(a) Ambros. in Nativ. SS. Ap. Petri, & Pauli.

sus grandezas; sino que con su espíritu le vió en sus abatimientos; siendo su escuela el Calvario, no menos que el Cielo Empireo: *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, & hunc crucifixum* (a). En el Calvario, vuelto à decir, fue donde el Apostol aprendió, como el Hijo de Dios, despues de haberse vestido de nuestra carne, se cargó con nuestra culpa, y se hizo sobre la Cruz víctima nuestra, para satisfacer à la justicia de su Padre. Allí supo, como venció à los demonios por su muerte; como arrancó de entre sus manos aquella funestísima promesa, por medio de la qual se habia Adán obligado à ellos con toda su descendencia; y finalmente, allí supo, como el Hijo de Dios, destruyendo à la muerte, nos procuró ó alcanzó una dichosa inmortalidad. Y ved aquí, Señores míos, la escuela, en donde es preciso que todos entremos con San Pablo, para aprender como él, y con él à mortificar nuestra carne, à crucificar nuestros deseos, à olvidar nuestras injurias, à amar à nuestros enemigos, y à copiar en nuestro cuerpo la vida y la muerte de Jesu-Christo: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut & vita Jesu manifestetur in corporibus nostris* (b). Pero si la instruccion de San Pablo fue un prodigio, no me será difícil persuadiros que su predicacion fue un milagro, y que convirtió tantos pueblos como Sermónes hizo, y Epistolas escribió.

PUN-

(a) 1. Cor. 2. v. 2. (b) 2. ad Cor. cap. 4. v. 10.

entre dir el utilitas ad que quodammodo...
 am on. **PUNTO TERCERO.**

Entre todas las cosas que hizo el Hijo de Dios sobre la tierra, la mayor, à mi parecer, fue la conquista del mundo y conversion de los infieles; porque además de que el proyecto era sumamente difícil, los medios de que para él se valió, parecerian ridiculos à los ojos de los hombres. Se trata, no menos, que de sujetar al Universo, mudar sus sentimientos en materia de Religión, y obligarle à deshacer sus ídolos, y trastornar sus templos. Y para executar tan grande y extraordinario designio, no emplea otras armas que las de la palabra; no permite à sus Apostoles mas arbitrios que los de la predicación y la paciencia. Bien sé, que así la una como la otra son bien poderosas; que la palabra es mas fuerte que el hierro, y que la paciencia no es menos valiente ò generosa que la fuerza. Sé que los Romanos, que fueron los mayores políticos del mundo, no se han valido menos de la eloqüencia de sus Oradores, que del valor de sus Capitanes; y que la Escritura Santa notó, en honor suyo, que habian conquistado tantas Provincias con el sufrimiento como con la fuerza: *Et possederunt omnem locum cum consilio suo & patientia.* Mas la palabra y la paciencia de los Romanos eran muy diferentes de las de los Apostoles de Jesu-Christo.

La palabra, digo, de aquellos Oradores era eloquente, acompañada de ornatos y de figuras, de pompa y de magestad; y no persuadía à los pueblos mas que cosas utiles ò honoríficas. La paciencia de sus Ministros era sostenida por las armas; y quando hablaban rebeldes, que contradecian sus consejos, se

va-

valian de sus Soldados para reprimirlos y castigarlos. Pero la palabra de los Apostoles era sencilla, sin estudio, sin eloqüencia, sin artificio y sin adorno. Y aunque ofrecia por recompensa el Cielo à los que la recibian, les proponia, al mismo tiempo, unos medios tan difíciles para alcanzarla, que les hacia perder la esperanza, bien que les infundiese el deseo. Su paciencia era, à la verdad, sostenida por la gracia de Jesu-Christo; pero su flaqueza estaba tan mezclada con su valor, que estos generosos Athletas no conseguian la victoria sino quando eran deshechos; y no triunfaban de sus enemigos, sino quando perdian su propia vida. Sin embargo, doce Apostoles solamente convirtieron à todo el mundo; doce corderos vencieron un exercito de lobos; doce pescadores domaron à todos los Monarcas; y doce ignorantes confundieron à todos los Filósofos. ¡O maravilla del Crucificado! ¡O debilidad de la Cruz! ¡O locura del Calvario, qué triunfas del poder y de la sabiduría del mundo!

Mas, entre todos aquellos Predicadores que fueron escogidos por el Hijo de Dios para la conquista del Universo, es preciso reconocer, que el mayor y mas humilde fue San Pablo. Sí. El lleva por excelencia este titulo; de modo, que es escusado nombrarle, quando se habla del Predicador de los Gentiles, ò del Doctór del Universo: *Magister Orbis*, dice San Juan Chrysostomo (a). San Pablo, pues, abandonó todos los ornamentos de la Retórica; aun quando combatía à los Oradores; rechazó todos los razonamientos, de la sabiduría profana, aun quando

ha-

(a) Chrysost. hom. 17. in Genes.

hacia frente à los Filósofos; protestando en sus mismas Epístolas, que para establecer y afianzar la Religión no se había servido ni de la Elocuencia, ni de la Filosofía: *Non in persuasibilibus humane sapientie verbis* (a). Su Mision, por otra parte, no tuvo limites; porque este Predicador no fue enviado como los Profetas à la Judéa, ò como los Apostoles à un Reyno en particular; sino que su empleo fue tan vasto como su caridad, y su caridad tan extendida como la ambicion de Alexandro; y sujetó con sus palabras mas naciones à Jesu-Christo, que aquel conquistador por sus armas y por sus fuerzas.

Su primer ensayo fue en Palestina; y despues, desagradado de la obstinacion de los Judios, vino à la Grecia para entablar la empresa con los Gentiles. Athenas fue uno de los primeros teatros de su predicacion; habló allí en presencia de todo el Areopago; manifestó el Dios incognito à quien adoraba; le admiró, con solo hablar de la resurreccion de los muertos, y juicio de los vivos; y conquistó à uno de sus mas sabios Senadores, haciendo de él uno de los mas ilustres Obispos de la Iglesia. De allí pasó à Epheso, y en esta Ciudad, trono de la supersticion, habló tan vigorosamente, que vió à todo el pueblo sublevado contra él. Mas esta sedicion no le admiró; antes bien tuvo suficiente animo para aparecer sobre el teatro, y responder por sí solo à todo un populacho amotinado. Dexando el Asia, entró en la Europa, y llegó à España, para llevar sus conquistas de un punto al otro de la tierra, y enseñarnos, que la palabra divina vuela con mas presteza que las armas

(a) 1. Corint. 2. v. 4.

mas de los Romanos, respecto de que en pocos años sujetó las naciones que ellos no habían podido vencer en muchos siglos. En fin, él pasó como un relampago à la Italia, entró en Roma, subió al Capitolio, descendió al Palacio de Neron; y haciendo en todo y por todo sus conquistas, le quitó à este Tyrano los favoritos y las concubinas.

Decid la verdad, Señores, si la historia y la tradicion no os asegurarán lo que os acabo de referir, no creeriais que viviamos en los tiempos fabulosos, y que por sobrepujar à lo que han dicho los Poetas de las aventuras de Hercules ò de los viages de Ulises, intentaba yo compendiar las hazañas de estos dos Heroes en la persona de San Pablo? Pero todo el mundo publica todavia estas verdades. Todo el Universo está dando sin cesar este testimonio à las victorias de este Apostol. La Religion que reyna en todas las Provincias, la piedad que resplandece en todos los Reynos, y la cabeza de la Iglesia, que está sentada sobre el trono de los Cesares, son los frutos de la predicacion de San Pablo. Sí, Señores; para servirme de las palabras del Chrysostomo (amante apasionado del Apostol) la boca de San Pablo fue la que esparció el Evangelio por toda la redondez: *Os Pauli ubique seminavit Evangelium*. Esta boca, vuelvo à decir, fue la que habló ante los Reyes de la tierra; la que persuadió à los Oradores; la que convenció à los Filósofos; la que: : pero qué cosa buena hay que no hiciese esta boca? Ella fue la que desterró à los demonios, la que borró los pecados, la que admiró à los tyranos, la que venció à los verdugos, la que convirtió à todo el mundo, y la que hizo de todas las cosas lo que quiso: *Quid enim os istud non effecit? Demones expulit; peccata absolvit,*
Tom. II. Ece Ty-

Tyrannos compescuit, Philosophorum linguam obscuravit, orbem Deo adduxit, & omnia quemadmodum voluit disposuit (a). Añadamos, Señores (si es que se puede añadir alguna cosa à estos elogios) que esta boca enseñó à los Angeles, que ha servido de interprete à Jesu-Christo, que han enseñado las verdades mas illustres, y los Misterios mas sublimes, que su Magestad no se habia dignado manifestar, interin conversaba con los hombres. Y así mirad:

Aunque los Angeles reynan en el Cielo, y ven en Dios todo aquello que puede contribuir à su felicidad, con todó eso, afirman los Teologos, que como no comprehenden à su Magestad, no ven en la Esencia Divina todas las cosas futuras. Dios les revela los designios que formó en su eternidad, y les manifesta lo que ha de executar en el discurso de los tiempos, segun lo juzga à proposito su eterna sabiduría. Y así, antes que se executase el Misterio de la Encarnacion, el primero de los Angeles sabia de Dios sus designios, y los descubria despues à sus inferiores, los quales lo comunicaban à todas las Gerarquias. Pero executado que fue este Misterio adorable, en que Dios, humillandose, y haciendose inferior à los Angeles, elevó à los hombres sobre estos bienaventurados spiritus, mudó enteramente de conducta; y emplea algunas veces à los hombres, para hacer saber sus voluntades à los Angeles, enseñando por boca de sus Apostoles aun à los mismos Querubines: *Ut innotescat Principibus & Potestatibus in caelestibus per Ecclesiam multiformis sapientia Dei* (b).

Pues

(a) Chrys. Sermon. 31. in Epist. ad Rom. (b) Ad Ephes. 3. v. 10.

Pues ahora; entre todos los que eligió para enseñar à estas Potestades, y Principados celestiales, el mas esclarecido fue San Pablo; y habiendo recibido sus luces inmediatamente del Verbo humanado, las comunicó despues à las Gerarquias angelicas. Y à la verdad, en el pasage que acabo de citar, tuvo designio San Pablo, al parecer, de manifestarnos, que Dios se habia servido de él para descubrir à los Angeles la vocacion de los Gentiles, y la reprobacion de los Judios. Pero como nunca refiere sus glorias, sin que las disimule ó rebaje por medio de su profundissima humildad, no se gloria de esta gracia, sino despues de haberse abatido à sí mismo: *Mibi enim, dice, omnium sanctorum minimo data est gratia haec in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi, & illuminare omnes, quae sit dispensatio sacramenti absconditi à saeculis in Deo, qui omnia creavit per Jesum Christum*. Aunque yo sea, dice, el menor entre los Santos, sin embargo he recibido la comision de anunciar à los Gentiles las infinitas riquezas de Jesu-Christo, y descubrir ó manifestar à todos los hombres el misterio que estaba reservado y oculto en Dios antes de todos los siglos. Y al punto añade, que los Angeles lo habian aprendido de la Iglesia, esto es, del mismo Apostol, que era uno de sus Padres y de sus Ministros. Y así, San Juan Chrysostomo, y San Ambrosio, explicando este famoso pasage, no tienen reparo en llamar à San Pablo, Doctor de los Angeles, asegurando que estos bienaventurados spiritus han aprendido de él lo que él habia aprendido del Verbo Encarnado: *Mysterium itaque istud, dice San Juan Chrysostomo, ignorabant Angeli*. Los Angeles, dice, ignoraban este Misterio, que estaba oculto en la mente del Eter-

no Padre; porque si no habia sido descubierto à los Principados y Potestades, con mas razon se puede asegurar, que lo ignoraban los Angeles inferiores: *Nam si Principatus ignorabant, ubique multo magis Angeli* (a). Pero, ¿y cuándo lo conocieron unos y otros? Quando Jesu-Christo me lo reveló, dice el Apostol, y se sirvió de mi persona para manifestar-selo: *Unde ergo cognovisti? Quo revelante? Quando videlicet illud cognovimus, tum per nos & illi.* San Ambrosio usa del mismo estilo; y ensalzando el merito de este Apostol, por haber dado lecciones al Cielo y à la tierra, exclama altamente, que no solo le escogió el Señor para Maestro de los Gentiles, sino tambien de los Angeles; y que estos puros Espiritus, que son tan humildes por su modestia, como elevados por su naturaleza, no se desdennan de ser discipulos de este grande Apostol: *Non solum sunt Magistrum dedit gentibus, sed etiam Angelis* (b).

Mas para desempeñar nuestra promesa, digamos tambien, que este divino Predicador publicó verdades mas sublimes que las que habia manifestado el mismo Hijo de Dios, ò que las que el Hijo de Dios no se habia dignado publicar quando vivia entre los hombres; queriendo mas, al parecer, manifestarlas por la boca de su Apostol, que por la suya. Ni esto os deberá admirar, si contemplais, que la sabiduria no era mas propia de Jesu-Christo que el poder; y por consiguiente, que si para honrar à sus discipulos se dignó hacer por ellos unos portentos mayores que los que habia hecho por sí mismo, pudo tambien revelar à la Iglesia mayores misterios

(a) Chryst. Sermon. 7. in Epist. ad Ephes. (b) Ambr. in Paulum.

por la predicacion de aquellos que por la suya. Y por este motivo exclama San Juan Chrysostomo: *Os per quod Christus loquutus est majora quam per semetipsum!* Admirad, dice, esta boca; por la qual Jesu-Christo se dignó manifestar verdades mas ensalzadas que por la suya. Y despues, para autorizar una proposicion de tanta novedad, añade: *Quoadmodum enim majora operatus est Christus, majora loquutus est per discipulos* (a). ¿Qué cosa mayor se puede imaginar, que un Predicador, que enseña al Universo, que instruye à los Judios y Gentiles, que declara los designios de Dios à los hombres y à los Angeles; y por quien el Hijo del Eterno Padre publicó misterios mas ocultos, y mas profundos que los que el mismo Señor habia publicado mientras que sobre la tierra estaba perfeccionando la obra de nuestra salud?

Pues no juzgueis, Señores míos, que la muerte impuso silencio à este divino Predicador. No, Todavía predica desde el sepulcro: *Ecce defunctus adhuc loquitur*; ò por decirlo mejor, él atruena aun en sus Epistolas, despide rayos contra los pecadores desde la altura de los Cielos; y explicandose por la boca de todos los Predicadores que ha formado con sus escritos, viene à ser el Predicador eterno de la Iglesia. Mas ay! Gran Santo, ò bien sea porque nosotros debilitamos vuestra eloquencia santa con una eloquencia profana, ò porque nuestra vida se opone à vuestra doctrina, ò porque los Christianos hacen mas resistencia à la gracia que los infieles, lo cierto es, que nosotros no hacemos conquistas en el

(a) Chrysost. Sermon. 72. in Epist. ad Rom. 109.

estado de Jesu-Christo, y en nuestra boca ni su palabra ni la vuestra tienen poder para convertir à los pecadores. Encended, pues, el espíritu del Evangelio extinguido en la Iglesia; hacednos participantes de vuestra luz y de vuestro zelo. Y para que seamos dignos de ser intérpretes del Hijo de Dios, alcanzadnos la gracia de ser sus Mátyres, como vos lo fuisteis por vuestros trabajos y por vuestra muerte, que fue el ultimo y el mayor de vuestros milagros.

PUNTO CUARTO.

Entre las muchas diferencias que distinguen à los vasallos de Jesu-Christo de los de los Reyes de la tierra, la más digna de atención es, que estos colocan toda su gloria en sus acciones, pero aquellos en sus pasiones. De modo, que como el poder de los Reyes es el constitutivo de su grandeza; todos aquellos que gobiernan por su autoridad, ò que militan baxó de sus vanderas, son los más ilustres en su Reynó. Mas como el Hijo de Dios ha puesto toda su grandeza en la ignominia de la Cruz, y toda su fuerza en la debilidad misma de la muerte, aquellos que mas padecen, son los más estimados y considerables en su Iglesia. Y así, no tanto juzgamos nosotros del merito de los Santos por las acciones, como por las pasiones ò dolores que sufrieron. Y como su perfeccion se regula por la conformidad que tuvieron con Jesu-Christo, preferimos siempre por esta razon los pobres à los ricos, y damos à los Martyres la ventaja sobre los Confesores. Y en virtud de esta verdadera maxima, es necesario confesar, que San Pablo debe obtener el grado mas honorífico en el Estado de Jesu-Christo, por lo mucho que en esta vida padeció,

y

y porque completó con su muerte, como inocente víctima, el sacrificio de su persona. Mas como este punto es tan maravillosamente vasto, que no se puede compendiar en el tiempo que me resta, nada os diré de los viages de este Apostol; de los trabajos que sufrió en su predicacion; de los peligros en que se vió así en el mar como en la tierra; de los combates que tuvo en ésta, y de los naufragios que experimentó en aquel; y así, me contentaré con hacer ver tres cosas, en que os dé bastante à conocer lo mucho que padeció este Santo por la gloria de su Maestro.

Consistió la primera, en que juzgó San Pablo, que estaba en la obligacion de cumplir en su persona todos aquellos sufrimientos que faltaron à la passion de Jesu-Christo, padeciendo en su cuerpo lo que por disposicion del Cielo no habia padecido en el suyo el Salvador del mundo; *Adimpleo ea que desunt passionum Christi in carne mea pro corpore ejus* (a). Para percibir la grandeza de esta obligacion, es necesario suponer, que el Hijo de Dios deseó satisfacer, y de hecho satisfizo perfectamente à su Padre; pero no contento, al parecer, con todo quanto habia sufrido en su cuerpo natural; sediento (digamoslo así) de padecer mas y mas por nuestro amor, se unió à un cuerpo mystico, en cuyos miembros está sufriendo sin cesar todos los dias. En virtud, pues, de este deseo, fue su Magestad apedreado en San Estevan, desollado en San Bartolomé, expuesto à los leones en San Ignacio, y tostado sobre las parrillas en San Lorenzo. Mas entre todos los que asoció para la execucion de un tan penoso desig-

(a) Ad Colossen. prima. c. i. v. 24.

nio, no hubo alguno, à quien tanto estimulase esta obligacion, ni que con tanta fidelidad la desempeñase, como San Pablo. Pues, à la verdad, estimulado de este deseo, buscó todas las ocasiones de padecer. Pasó de Ciudad en Ciudad, y de Provincia en Provincia, para completar en su persona lo que faltaba à la pasion de su Maestro. Veriais, Señores, à este Martyr cargado de prisiones, confundido de golpes, y cubierto de llagas, gloriarse en los mismos sufrimientos, y tenerse por el hombre mas dichoso en satisfacer à los deseos de Jesu-Christo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea pro corpore ejus*. Y como si intentara exagerar la grandeza del amor que Jesu-Christo tuvo à los hombres, les decia (segun el pensamiento de San Juan Chrysostomo): No juzgueis, que su pasion se ha finalizado. Todavia, sí, todavia está sufriendo por vosotros, despues de su muerte; y su amor, mas ingenioso que la crueldad de los tyranos, le ha proporcionado el medio de prolongar su pasion, sufriendo en sus miembros lo que no pudo sufrir en su persona: *Nondum omnia passus est pro vobis, etiam post mortem patitur. Nam quæ illum oportebat pati, ego pro ipso patior* (a). Juzgad, Señores, de la grandeza de sus sufrimientos por la violencia de este deseo.

La segunda cosa que ofrezco à vuestra consideracion, para que percibais los trabajos de nuestro Apostol, es, que no solamente le hicieron sufrir los hombres, sino los demonios; no solamente padeció por orden de los Emperadores, sino por las ordenes de Dios; pues como él mismo nos enseña en sus Epistolas, para impedir que la grandeza de sus re-

ve-

(a) Chrysost. hom. 4. in cap. 1. Epist. ad Colosens.

velaciones le desvaneciese, permitió el Cielo à los demonios que se afligiesen y atormentasen: *Ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis mee, Angelus sathane qui me colaphizat* (a). ¿Quién de vosotros, Señores mios, hubiera creído tal cosa, si el mismo Apostol no lo hubiera dicho para nuestra instruccion? ¿quién creyera, digo, que los malos espiritus se habian de atrever con este Doctor de las naciones, con este Maestro del Universo, y con este general Predicador del Evangelio? Sin embargo, sabemos que le persiguieron, è hicieron sufrir en su cuerpo y en su alma; y este hombre que da lecciones à los Angeles, padece las impresiones de los demonios. Pero lo que mas me admira es, que habiendo multiplicado por tres veces al Señor le librase de este enemigo domestico, no lo pudo conseguir: *Ter Dominum rogavi ut auferret eum à me*. Para alcanzar, sin duda, este favor, alegó todos los trabajos de la predicacion; los quales pedian un cuerpo vigoroso, una salud robusta, un espiritu tranquilo, un hombre esento de inquietudes, y de dolores; y nada bastó. No recibió otro consuelo que el de esta respuesta: *Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur*. Pablo, no necesita otro socorro que el de mi gracia, le responden desde el Cielo, pues la virtud se aumenta y perfecciona en la tribulacion. Por manera, que se vió precisado à llevar esta pena con todas las demás en la continuada taréa de su predicacion.

La tercera cosa, que para daros à entender los trabajos de San Pablo, tengo que representaros, me llena de espanto; y es casi imposible en los que pre-

Tom. II.

Fff

di-

(a) 1. ad Corint. cap. 2. v. 7.

dican el Evangelio pensar en ella , sin que les asalte una agonia mortal ; y consiste en el incesante temor que afligia à San Pablo , de no lograr , acaso , por sus defectos , aquella felicidad à que por sus desvelos dirigia à todo el mundo ; ò aquel justo temor de no practicar , por su desgracia , lo mismo que predicaba. Sf. Señores míos ; como si este gran Santo no se hallára bastantemente abatido por tantas y tan terribles persecuciones como habia tolerado ; como si el trabajo de sus manos para alimentarse , junto al de la predicacion ; como si los viages que habia hecho desde una à la otra extremidad de la tierra ; las enfermedades que exercitaban su paciencia ; el hambre y la sed que con mucha frecuencia padecia ; las emboscadas que se le disponian por donde quiera que iba ; la muerte que le amenazaba en todas partes ; como si todo esto , vuelvo à decir , fuese insuficiente para mortificarle , afligia por sí mismo su cuerpo con penitencias extraordinarias y continuas , añadidas à tantos y tan terribles trabajos , como era preciso padeciese en su apostólica Mision. ¿ Y por qué hacia esta asombrosa penitencia ? ¿ por qué afligia su cuerpo de este modo ? ¡ Ah ! por el temor , como decia el mismo Apostol , de no perder para sí aquella eterna felicidad à que con sus desvelos y predicacion dirigia à sus proximos : *Castigo corpus meum & in servitutum redigo , ne forte cum aliis predicaverim , ipse reprobus efficiar* (a). ¿ Quién no admirará , Señores , la severidad de San Pablo , que haciendo el oficio de Predicador , hacia el de penitente , castigando su cuerpo para no perder su alma ? ¿ Y quién ,

(a) 1. Corint. cap. 9. v. 27. v. 28. v. 29. v. 30. v. 31. v. 32. v. 33. v. 34. v. 35. v. 36. v. 37. v. 38. v. 39. v. 40. v. 41. v. 42. v. 43. v. 44. v. 45. v. 46. v. 47. v. 48. v. 49. v. 50. v. 51. v. 52. v. 53. v. 54. v. 55. v. 56. v. 57. v. 58. v. 59. v. 60. v. 61. v. 62. v. 63. v. 64. v. 65. v. 66. v. 67. v. 68. v. 69. v. 70. v. 71. v. 72. v. 73. v. 74. v. 75. v. 76. v. 77. v. 78. v. 79. v. 80. v. 81. v. 82. v. 83. v. 84. v. 85. v. 86. v. 87. v. 88. v. 89. v. 90. v. 91. v. 92. v. 93. v. 94. v. 95. v. 96. v. 97. v. 98. v. 99. v. 100.

asimismo , no temblará de ver que un Apostol que fue llamado al ministerio por medio de un milagro el mas estupendo , que fue ensalzado al tercer Cielo , que predicó el Evangelio en todo el mundo ; que convirtió tantas naciones , y que fundó la Iglesia con sus trabajos , castiga su cuerpo , y aflige su carne , por el temor de no ser privado del triunfo despues de tantos combates y victorias , y de no perder su alma despues de haber ganado à las de tantos pueblos y naciones ?

Temblemos , pues , Señores , siempre que subieemos à esta Catedra del Espiritu Santo. Temblemos siempre que publicamos la palabra divina. Temblemos siempre que exercitemos el oficio de los Apostoles. Temamos el perdernos en el destino mismo de salvar à otros ; y en virtud de este temor , procuremos aprovecharnos de aquellas mismas doctrinas que damos à los demás : *Ne cum aliis predicaverim ipse reprobus efficiar*. Pues si San Pablo ha tenido este temor , ¿ por qué nosotros no le hemos de tener ? si temblaba predicando , ¿ por qué no temblaremos con él ? si practicó la penitencia despues de tantos trabajos , ¿ por qué nosotros , siendo siervos inútiles , no castigaremos nuestros cuerpos ? *Quod si Paulus hoc timuit* , dice San Chrysostomo , *cum talis esset Præceptor , & post prædicationem , & orbis terrarum susceptum patrocinium formidavit , quidnam nos dicemus ? quidnam nos agemus ?* (a) Mas respecto de que la muerte fue el termino de los sufrimientos del Apostol , y el ultimo milagro de su vida , pongamosla tambien por corona de su Panegyrico.

Fif 2

Aca-

(a) Chrysost. in Epist. ad Cor. hom. 23. v. 24. v. 25. v. 26. v. 27. v. 28. v. 29. v. 30. v. 31. v. 32. v. 33. v. 34. v. 35. v. 36. v. 37. v. 38. v. 39. v. 40. v. 41. v. 42. v. 43. v. 44. v. 45. v. 46. v. 47. v. 48. v. 49. v. 50. v. 51. v. 52. v. 53. v. 54. v. 55. v. 56. v. 57. v. 58. v. 59. v. 60. v. 61. v. 62. v. 63. v. 64. v. 65. v. 66. v. 67. v. 68. v. 69. v. 70. v. 71. v. 72. v. 73. v. 74. v. 75. v. 76. v. 77. v. 78. v. 79. v. 80. v. 81. v. 82. v. 83. v. 84. v. 85. v. 86. v. 87. v. 88. v. 89. v. 90. v. 91. v. 92. v. 93. v. 94. v. 95. v. 96. v. 97. v. 98. v. 99. v. 100.

Acaso juzgareis, Señores, que voy à tratar aqui del martyrio que sufrió en Roma, quando despues de haber predicado con tanto zelo en aquella Capital de todo el mundo, selló su predicacion con su sangre y con su muerte. Creereis, sin duda, que yo os voy à entretener con la descripcion de su constancia ante los Jueces, de su valor en medio de los verdugos, de las conquistas que hizo para Jesu-Christo quando iba caminando al lugar del suplicio, y de aquel prodigio que obró el Cielo en su muerte, quando derramando leche en lugar de sangre, testificó, como dice San Ambrosio, que era la Nutriz de la Iglesia: *Quid mirum si abundat lacte Nutritius Ecclesiae?* (a) Y finalmente, creereis que yo intento representaros los triunfos que siguieron à sus victorias, quando habiendo perdido la vida por la gloria de su Maestro, tomó en su nombre posesion de la Ciudad de Roma, fundando en ella el trono de sus Vicarios sobre la tierra. Pero no, Señores, no es de un martyrio tan sabido, ni de un combate tan publicado, de lo que yo voy à tratar en el cortisimo espacio que me resta; sino de una muerte oculta y continua que este gran Santo sufrió por toda su vida. Si. *Quotidie morior per vestram gloriam, fratres.* Yo estoy muriendo à toda hora, decia este zelosissimo Apostol à los Corintios, y estoy padeciendo, hermanos míos, una muerte continua por conseguir vuestra gloria. De esta terribilisima muerte es de la que os voy à hablar, Señores. Y así mirad:

Aunque la muerte parece cruel à los ojos de los hombres, siendo, à la verdad, como es, el ultimo

es-

(a) Ambros. in Nativ. SS. Ap. Petri & Pauli.

esfuerzo de la violencia y rigor de los verdugos; con mas razon se debia intitular una gracia, que un tormento; porque acabando con la vida de los miserables, pone por consiguiente fin à todas sus miserias y trabajos. Y así, los tyranos mas refinados y astutos, considerando que la muerte no se podia repetir, trataron de prolongarla. Y por este motivo tambien, como dice Seneca, uno de los hombres mas crueles que conocieron los siglos, impelido del deseo de vengarse, se resolvió à privar lentamente de la vida à su enemigo; ya que no podia darle muchas muertes continuadas: *Utere ingenio miser. Quod saepe fieri non potest, fiat diu* (a). Pero todos sus esfuerzos fueron inutiles; porque la muerte mas prolongada no podia durar mas que un momento; sin que toda la crueldad de los tyranos fuese capaz de prolongarla ni repetirla. Solamente la divina Justicia, à quien acompaña un poder Soberano, es la que hace vivir à la misma muerte en los infiernos, y sufrir por toda una eternidad à los condenados. En efecto, estos miserables están siempre muriendo; y su muerte renaciendo (digamoslo así) à todas horas para obedecer à la Justicia divina, los hace vivir y morir mil veces en un mismo dia. Ellos están incesantemente en la agonía; y quando por la violencia de los tormentos, ván al parecer, à finalizar su vida, Dios se la renueva para hacerles de nuevo sufrir la muerte. Y como reitera continuamente este prodigio en los infiernos, eterniza la muerte, haciendo vivir y morir incesantemente à los condenados. Pues ahora, ¿Creeriais vosotros, Señores, que siendo la cari-

(a) Senec. in Thyeste.

dad tan dulce pudiese imitar à la Justicia mas severa? que hubiese hallado el medio de repetir, y prolongar la muerte sobre la tierra, para exercitar en ella la paciencia de los amantes de Jesu-Christo? Pues sí, Señores; esto ha hecho muchas veces la caridad, y particularissimamente en la persona de S. Pablo. Aquel tiernísimo amor que tenia à los fieles, y aquel inexplicable zelo de su salvacion y de la gloria de su Maestro le hacia morir todos los dias, y exponiendole à mil peligros de perecer, cada momento tenia la muerte ante sus ojos. Y como la Providencia de Dios le libraba de estos peligros, se hallaba precisado à vivir para morir, y à padecer una muerte tan larga como la vida: *Quotidie morior per gloriam vestram*. Tan presto veía à toda una Ciudad amotinada contra él, y que pedía fuese expuesto à la voracidad de los leones; tan presto à un pueblo que descargaba sobre él una nube de piedras; tan presto veía à los Judios que le disponian emboscadas, y que se conjuraban para perderle; tan presto en fin, hallaba traydores que intentaban entregarle à sus enemigos. Y así, entre tantos peligros y muertes podía decir con verdad: *Quotidie morior*; lo que tambien obligó à San Juan Chrysostomo à exclamar: *Semel mori parum est eum, qui potest Regi suo gloriosam sæpe de hostibus suis referre victoriam*.

Finalicémos, Señores, los triunfos del Apostol de las Gentes, y por el que le dirige San Agustin en estas magnificas palabras: *Spetamus oculis fidei illum Athletam*. Mirémos con los ojos de la fé à este Soldado de Jesu-Christo: *Doctum ab illo, unctum ab illo* (a); que aprendió en su escuela, y fue fortifica-

(a) Aug. de virtutibus Pauli.

do con su gracia: *Crucifixum cum illo*; que fue colocado en su Cruz, sentado en su trono, y coronado con su gloria: *Gloriosum cum illo*. ¿No es cierto, Señores, que los trabajos de San Pablo fueron bien recompensados? ¿No os persuadís de que dirá al presente en el Cielo, y con mayor eficacia lo que tantas veces solia decir quando vivia sobre la tierra, esto es: *Non sunt condigne passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis*? ¿No me confesais el gozo con que S. Pablo miraría aquellas penas que le consiguieron la eterna felicidad? Pero ¿y no teméis, al mismo tiempo, que desde el Cielo dondè habitá, se admire este Santo Apostol de nuestra tibieza y frialdad, y que abomine nuestra negligencia? ¿No teméis, que en compañía de su Señor y Maestro pronuncie vuestra sentencia, y que su mismo zelo y amor condenen vuestra laxitud? Aprovechemonos, pues, de estos grandes exemplos que nos dá. Resolvámonos à imitar sus virtudes; y pues es el Doctol del mundo, escuchemos sus palabras con respeto; trabajemos en honor suyo, quando trabajamos por nuestra salvacion. Coronemos sus merecimientos con nuestras obras. Y reconociendo que à sus desvelos debemos la entrada en la Iglesia, pidámosle que finalice su obra, haciendonos por su intercesion entrar à reynar por los siglos de los siglos en la Gloria. Amen.